

Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida
Dominique Simone Rychen y Laura Hersh Salganik (coordinadoras)

En su Sección de Obras de Educación y Pedagogía, el Fondo de Cultura Económica publica una obra colectiva por demás interesante para pedagogos, analistas de recursos humanos, sociólogos, psicólogos sociales y maestros, en la que intervienen veintiún autores de diversas tendencias y especialidades. ¿Por qué tantos autores para un mismo tema?, la respuesta es que se trata de una rama del conocimiento y de las relaciones humanas que no está totalmente demarcada, pero que al mismo tiempo anda de boca en boca lo mismo en las empresas más modestas que en los círculos de las ciencias sociales y en el ámbito de los gobiernos que pretenden ofrecer mejores respuestas a las demandas ciudadanas. Revisar qué son para cada autor las competencias equivale a hacerles a todos y a cada uno, como si los tuviéramos reunidos, una pregunta especial: ¿qué es para usted la vida?, ya que las competencias son no sólo las destrezas básicas para el mejor desarrollo personal y colectivo, sino la manera de conducir el presente y planear el devenir. Veamos, aunque muy resumidamente, lo que cada uno asevera al respecto, ya por su especialidad, ya por su experiencia, o por ambas.

Franz E. Weinert define las competencias como las disposiciones de aprendizaje que los individuos o los grupos debemos usar para resolver problemas difíciles. Antes, John Carson, profesor de historia de las ciencias sociales, invita a que, aparte de definir lo que son las competencias, esta vez a partir del IQ o coeficiente intelectual, las seleccionemos, ya que no se deben separar así como así de los fuertes intereses políticos y morales que suelen rodearlas.

Y si de definir se trata, qué mejor que pasar a lo que algunos autores afirman sobre pedagogía y herramientas adecuadas para ejercerla. Uri Peter Trier las relaciona con el desarrollo de las escuelas y los sistemas educativos y hace ver que la discusión de las competencias clave es inconcebible sin una visión del futuro, lo mismo para quienes estudian que para los trabajadores. De quienes no están en edad propiamente escolar se encarga Robert Kegan, quien se pregunta cómo aprenden, para plantear que al hablar de adquisición de “habilidades”, es muy importante no olvidar el cómo nos comportamos. Destaca lo que afirma Jack Goody acerca de que Europa no tiene paralelo en cuanto a la modernización de la educación y su relación con la sociedad; afirma, sin embargo, que tiene dudas acerca de si es posible que exista alguna

medición general de las aptitudes educativas en cualquier plano internacional o nacional. Otro autor que se pregunta si son medibles todas las competencias clave es Bob Harris, que plantea que las posibilidades de una perspectiva de la educación no tienen por qué ser homogéneas, pero que, en cambio, tampoco se deben desechar las observaciones constantes, tales como que el aprendizaje durante toda la vida se está volviendo una necesidad y que la educación es una inversión en términos económicos, lo mismo para las personas que para la sociedad.

Hablando de economía, los profesores Frank Levy y Richard J. Murnane aseguran que hay una especie de disfunción entre demanda de empleos y aprendizaje, porque éste no suele adecuarse a los veloces cambios del mercado laboral; pero añaden que la tradicional visión de los economistas es limitada en más de un aspecto capital para el adecuado desarrollo de la sociedad. Jean-Patrick Farrugia aseveran que los empleados cuyas competencias son mayores hacen la diferencia entre las empresas, que en ello deben ver una magnífica inversión, ya que los empleados son el mejor de sus bienes. Por su parte, Carlo Callieri hace alusión al silencioso cambio que ha venido ocurriendo en las industrias, donde la demanda de personal altamente calificado señala la transición del concepto tradicional de “fuerza del hombre” por el de “fuerza de la mente”. Sin embargo, en este diálogo Laurell Ritchie se pregunta si existen competencias clave y, en todo caso, para quién lo son, porque en este panorama sigue hasta ahora faltando una pieza, ésta sí clave: lo que los mismos trabajadores piensan que necesitan, y afirma que es el empleado quien se parte en dos para acomodar su vida al ritmo de la compañía que se llama “Todo urge para ayer”. He ahí el reto conceptual y empírico, dice Laurell Ritchie. Y con ella, Philippe Perrenoud aborda cómo evitar ser abusado, aislado, dominado o explotado cuando no se es rico ni poderoso, lo que equivale a cómo resistir la tentación de actuar según lo “políticamente correcto”.

Aparte de la introducción, las conclusiones y la aportación de la UNESCO, que dan Dominique Simone Rychen y Laura Hersh Salganik, compiladoras de esta obra, y Heinz Gilomen, responsable de estadísticas sobre educación y ciencia de la OCDE, el lector tiene en *Definir y seleccionar las competencias fundamentales* temas como lo que ellas significan para una buena vida, en que Monique Canto-Sperber, filósofa de ética e interesada en mejoras para lo cotidiano, y Jean-Pierre Dupuy, profesor de filosofía social y

director de grupos de investigación ofrecen en el capítulo IV; Helen Haste, autora de *The Sexual Metaphor* (1994) y profesora de psicología, en el V con “Retos psicológicos para la nueva competencia” ; y Cecilia Ridgeway, socióloga dedicada a la enseñanza y la investigación de jerarquías y de desigualdades entre géneros, en el IX, p. 347, quien analiza el concepto de sí mismo y el manejo de las emociones, pero de las emociones ampliamente compartidas mediante la unión y la formación de grupos múltiples, complejos y socialmente heterogéneos.